

Humanismo Cristiano

Dr. Lino Rodríguez Arias B.

Profesor de Filosofía del Derecho de la
Universidad de Panamá.

1.—La Pobreza del humanismo vigente.

Hay que partir de la base de la ambigüedad de este término, que, según el talismán que se le aplique, así serán los resultados que obtengamos; puesto que, la vuelta al hombre de que ahora tanto se habla, bien puede significar levantarle un pedestal para adorarlo, o subsumirlo en la colectividad para esclavizarlo o hacerle trascender por encima del tiempo para que se postre ante la magnificencia de la obra divina creadora, respetándose su dignidad de persona y su libertad humana.

Porque téngase en cuenta, que todo ideal humanista arrastra consigo al hombre a una postura de tensión social, ora sea revolucionaria o de acción, como la comunista; piadosa y pasiva, como la budista con su Nirvana; ora encendida de amor hacia su Dios y sus semejantes, como la cristiana. Sólo amando las cosas el hombre las atrae a lo humano, consiguiendo ponerlas a nuestro servicio sin esclavizarlas, en razón de que su máxima aspiración debe ser tender a encarnar el ideal de una comunidad fraterna, en la que los seres humanos no sean sacrificados a meras contingencias temporales, sino elevados a un nivel de vida más justo y culto para sus semejantes, donde encuentren satisfacción a sus necesidades materiales y espirituales, como exige su doble dimensión de cuerpo y alma.

Mas, el humanismo que campea todavía en la actualidad, no es ni mucho menos éste que nos hallamos cantando; es un pobre humanismo, exento de equidad y caridad, por empeñarse los hombres en ignorar los derechos de Dios y no tomar en consideración más que a la colectividad y a las clases, con menosprecio para la persona individual. No interesa, pues, el hombre en tanto es persona, sino en cuanto es número, masa . . . , habiendo triunfado una visión amorfa de la sociedad. Por eso, aún no se ha hecho la luz en el mundo, ni la paz ha vuelto a reinar en los corazones de los hom-

bres. Pues no puede haber sosiego y bienestar general, cuando para unos hay alegría mientras los otros no han dejado todavía de sufrir. Tal estado deleznable de cosas, supone una victoria para el mayor enemigo del hombre y de la paz: la guerra. Es por lo que, a pesar del tiempo transcurrido desde la última conflagración bélica, continúa sin reivindicar la gran víctima de la guerra: el amor.

El humanismo que hemos de restaurar, es de fe en los valores supremos de libertad y justicia, y, sobre todo, en la gran virtud de la caridad, el gran "Mandamiento nuevo" confiado a los hombres, como remedio soberano a sus males y como la viva y fecunda sustancia de su vida.

2.—La falsa emancipación del hombre.

El marxismo en su pretendido retorno a lo humano, confía en que la emancipación económica y social del hombre tendrá como corolario necesario su emancipación religiosa, porque no se olvide, que el ateísmo fué el punto de partida de Marx, quien del orden de la crítica religiosa pasó al de la crítica social, bebiendo en las fuentes de Feuerbach.

Inmerso el hombre en el sistema pagano del capitalismo, después de rotos los antiguos gremios que le servían de protección y respeto, tuvo que surgir —como ha dicho Proudhon— la distinción entre la clase de los patronos, detentadores de los instrumentos de trabajo, capitalistas y grandes propietarios, y la de los obreros, simples asalariados. Así, hace su aparición la lucha de clases, como una consecuencia efectiva del sistema capitalista, buscándose su superación en la emancipación social del proletariado, ya entonces libre de las trabas religiosas que le habían mantenido sumiso y resignado con su suerte de paria de la sociedad.

Pero, han olvidado estas doctrinas revolucionarias, que no sólo de pan vive la criatura humana, en razón de que el hombre ha nacido para tender a la perfección del amor a sus semejantes, lo que envuelve en sí una ansia ilimitada de universalidad e inmortalidad, que puede llegar a transformarle en sus relaciones sociales haciéndole comprensivo para con las flaquezas del prójimo e imprimiéndole una fuerza unitiva y vivificante capaz de contagiar a los demás seres humanos, que les impulsa a querer y difundir el bien, alcanzando una mayor perfección individual y social.

Con todo, esto no se consigue volviendo los ojos farisáicamente al cristianismo, pues, aun reconociendo la inescindibilidad de lo litúrgico y lo social en su cuerpo de doctrina, aparece cada vez más claro que la observancia de las prácticas religiosas sin que coexista con ellas una íntima convicción de comportarse realmente como cristianos, es engañoso y baladí. Porque el mismo movimiento litúrgico se abre a los fieles, al pueblo, para co-ofrendar el Santo Sacrificio de la Misa juntamente con el sacerdote participando en el culto, lo que se refuerza con la teología del Cuerpo Místico, que pone de relieve la unión ontológica sobrenatural de todos los cristianos en Cristo, reconociendo el sacerdocio de los fieles ⁽¹⁾.

(1)—José Luis L. Aranguren, "Laicado, un neologismo; laicado una nueva realidad" en Rev. "Espiritualidad Seglar", mayo 1953, pág. 13.

Luego, sería completamente vano y absurdo tratar de ofrecer al hombre para que se libere de la falsa emancipación marxista, que extirpa en él de raíz sus sentimientos y aspiraciones espirituales, un mundo cristiano pendiente únicamente de lo aparente y decorativo y huero cuando se trata de afirmar la dignidad y la vocación de la persona humana, permaneciendo insensible a las condiciones sociales que le oprimen y le impiden ganarse el sustento diario con honradez y honestidad.

3.—Tendencias importantes en la convivencia social.

Ha escrito el Padre Lombardi, que el campo en el que es más fácil notar la necesidad de la presencia de Cristo para el desenvolvimiento de la vida temporal de nuestra generación, es, ciertamente, el social; esto es, la organización de la convivencia entre los hombres. Pues en tal aspecto más que en ningún otro ha sido registrada la quiebra de la línea histórica humanista (2).

La convivencia de los hombres, tiene como esfera fundamental de organización, suficientemente acabada y autónoma, la unidad política del Estado, porque la familia en sí, es demasiado restringida y, de otra parte, se encuentra continuamente necesitada de apoyarse y extenderse fuera de su órbita para poder subsistir, mientras la unión internacional de los pueblos, es aún demasiado vasta para ser inmediatamente advertida como necesaria.

Con la Revolución francesa se inicia la tentativa liberal de acoplar al individuo en la sociedad, asegurando al hombre el máximo ejercicio de la libertad, y reduciendo, por el contrario, la intervención del Estado al mínimo, lo imprescindible con el solo fin de atender al orden público.

Este sistema tuvo sus ventajas en su tiempo. El mismo Marx lo declaró en el "Manifiesto del Partido Comunista" (1848), cuando nos dice, que la burguesía ha creado fuerzas de producción más gigantescas e imponentes, que las que han llevado a cabo todas las generaciones precedentes juntas. Pero, el desencadenamiento del individualismo, condujo al descontrol del egoísmo y al abuso sin piedad de los que perdían en la lucha diaria, que eran, fatalmente, el mayor número de los individuos. De aquí, que la riqueza terminase concentrándose en muy pocas manos, especialmente con las grandes industrias, mientras la mayoría de los hombres, menos hábiles o afortunados, arrastraban una vida mísera, con el solo consuelo de poderse llamar individuos libres. Así, al tiempo que sólo unos pocos acumularon grandes capitales, la enorme masa de los demás fué vencida en la lucha. Por este camino, el sistema de la libertad individual desenfrenada, aceptable bajo un aspecto, reveló bien pronto en la práctica su gran fallo: la injusticia social.

Para este tipo de hombre del liberalismo, los valores metafísicos no pasan de ser más que una vana superestructura totalmente externa a su ser y a su hacer; en pocas palabras, ajena a la moral de su vida. Esta actitud es exponente de la preponderancia económica sobre que está montada la humanidad en este tiempo, desdenándose toda ideología metafísica que pudiera informar al ser humano y frenarle sus impulsos desmedidos cuan-

(2)—"Per un mondo nuovo". Roma, 1952, págs. 66 y s.s.

do fuesen actuados en perjuicio de sus semejantes. Por consiguiente, aparece como una producción farisáica y decadente nacida del espíritu racionalista. En él todo es nominal. De donde, la primacía del signo y de la legalidad; del dinero, en las relaciones económicas; y de las ficciones jurídicas, en la vida del Derecho. Es por lo que, el hombre burgués, repele a la conciencia cristiana, tanto como a la conciencia comunista.

Después del fracaso del individualismo como forma de vida, se ha presentado a la humanidad como ideal el estado colectivista. En éste, el individuo es reducido a la nada, permaneciendo inerte ante el poder absoluto del Estado o de la propia sociedad. De esta manera, si la libertad individual desenfrenada había producido en la práctica tanta injusticia, el sistema de la justicia colectivista destruye por completo la libertad. Lógicamente así tenía que acaecer, porque si el Estado es el administrador de todos los bienes de la comunidad social, a fin de impedir que se formen de nuevo diferencias entre los hombres con la posibilidad del libre cambio, tendrá que intervenir siempre en todas las cuestiones que en su ámbito se presenten, aun cuando se produzcan en la órbita privada, despojando a los individuos de toda iniciativa particular. En su consecuencia, la colectividad no permite ninguna afirmación individual, aunque fuera moderada, que manifestándose de cualesquiera forma pudiera amenazar la competencia del hombre colectivo. Por eso, se niegan las libertades individuales y se suprimen, por ende, las armas de defensa de que pudiera disponer el hombre para proteger su dignidad de persona libre y responsable, quedando reducido a una simple pieza de la máquina estatal.

Las reivindicaciones sociales, para acabar con la servidumbre económica y la condición inhumana del proletariado, no se piden en nombre de la persona humana —cuya dignidad es de base espiritual—, sino en el del hombre colectivo, para que encuentre en su propia vida colectiva y en la libre disposición de su propio trabajo colectivo, una liberación absoluta, edificando en sí mismo, en definitiva, el titanismo de la naturaleza humana ⁽³⁾. Este tipo de hombre, deshumanizado y diluido, habrá de absorber de manera absoluta al hombre —persona individual, hasta entonces todavía sometido a fuerzas heterónomas, con el objeto de que libre ya por la abolición de la propiedad privada alcance una soberana independencia en el dominio de la naturaleza y en el gobierno de la historia, que antaño la religión atribuyó siempre a Dios. Fácil es colegir, que esta tendencia colectivista cae en el fariseísmo del orgullo colectivo y en el de la producción, tan nefastos como el que vienen a reemplazar del honor burgués y del provecho individual.

Al hacer el balance de las consecuencias prácticas de estos sistemas expuestos, elaborados por los hombres a espaldas de Dios, resulta inevitable una doble observación: la bandera de la libertad individual ha conducido a la injusticia; la de la justicia colectiva ha destruido la libertad personal. Evidentemente, una nueva edad avanza caracterizada por un nuevo orden social, que se afirmará con el mismo ritmo que vaya siendo precipitado a la muerte el comunismo, quien ha infiltrado en las masas populares, tan profundamente, una falsa exaltación mítica, que ha convertido para ellas su credo en una religión, a pesar de que calificaron a ésta como el opio de los pueblos.

(3)—Jacques Maritain, "Humanismo integral", trad. esp. Santiago de Chile, 1947, pág. 58.

4.—La nueva era histórica.

La nueva edad histórica que ya se vislumbra en el horizonte, habrá de evitar los excesos individualistas pasados, como asimismo los colectivistas, tratando de superar armónicamente las dos etapas anteriores, recogiendo aquellos elementos de ellas aprovechables y abandonando su escoria. Pues los hombres de nuestra generación, decepcionados de los fracasos ideológicos precedentes, desean una forma de vida en común, que conjugue debidamente lo que era legítimo en las dos experiencias anteriores, procurando evitar, al mismo tiempo, los defectos de aquellos mismos sistemas: libertad sí, pero sin llegar a la injusticia y a la explotación de los desvalidos; justicia sí, pero sin destruir toda la libertad. En fin, se quiere una fórmula de organización social que salve la libertad y la solidaridad; que respete la libertad individual, mas limitándola cuando destruya la solidaridad humana; y proclame la solidaridad, mas sin llegar a destruir por ello la libertad de los individuos. O sea, se quiere libertad en la solidaridad. Libertad individual, afirmación de lo personal en la vida; pero siempre con conciencia de los deberes hacia la colectividad. Tanta libertad, cuanta pueda coexistir con la solidaridad; tanta solidaridad, cuanta pueda coexistir con la libertad.

Pues bien, ya podemos decir, que esta sociedad aun no construída pero de la que se tienen las premisas históricas principales, encontrará la aspiración más genuina y apropiada en el pensamiento cristiano. Porque es el cristianismo la doctrina que de modo acabado proclama tanto el respeto del individuo, cuanto sus deberes hacia el prójimo; la coexistencia de la libertad individual con la exigencia profunda de la solidaridad humana.

Se anhela, pues, proyectar los postulados del cristianismo en la misma vida social, para que los hombres los encarnen haciéndolos norma de su conducta privada y pública, porque un orden social fundamentado exclusivamente en la virtud y en el amor, sería mera utopía, motivo por el que urge la elaboración de una legislación social que se inspire en la visión cristiana del hombre y de la sociedad, defendiendo la libertad pero obligando a los individuos a que se muevan tras la consecución del bien común, dejando el mayor margen al amor cristiano para que penetre insensiblemente en los espíritus incluso más refractarios a la educación comunitaria.

Frente al conflicto ideológico enconado que, amenaza en la actualidad, asolar este mundo decrepito y a la deriva, se yergue potente y vital esta concepción temporal del cristianismo que, si no descarta el que el paso del hombre por la vida terrena sea un valle de lágrimas, considera, sin embargo, que consiguiendo una aplicación auténtica de sus preceptos evangélicos al orden social imperante, se alcanzará un bienestar mayor y una convivencia humana más fraternizada, lográndose que no ya sólo haya hombres cristianos, sino que, en lo sucesivo, podremos compulsar también la existencia de sistemas de la misma índole.

El dinamismo revolucionario de signo marxista, estimándose que significa la culminación del "naturalismo acabado", cree que supondrá su triunfo el verdadero fin de la querella entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre, poniéndose así término a la querella entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y la afirmación de sí, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie, señalando el

triunfo definitivo del hombre sobre el destino, o más gráficamente dicho, la terminación del reino de Dios en la Historia. Por ende, se trata de desconocer la caída del hombre por el pecado original y su cualidad de desterrado en la tierra, por lo que se le supone capaz de alcanzar una perfección natural en el tiempo que borraría del todo su "estado desfalleciente", teniendo la posibilidad de gozar de una felicidad temporal completa, demostrativa de la falsedad de la concepción cristiana que considera a este mundo como un lugar de tránsito, adonde abunda más el dolor y la expiación de nuestras culpas que, el goce auténtico y pleno, sólo factible de alcanzarse en la vida ultraterrena.

Mas, la realidad nos demuestra, que la debilidad humana trata de dormir, y que únicamente durante momentos determinados de exaltación mítica o éxtasis místico es posible mantener al hombre en tensión social heroica, puesto que, naturalmente, es propenso al reposo, corporal y mental, y a seguir la línea de vida más fácil y cómoda. Por eso, necesita hallarse constantemente en comunión dolorosa con todos los dolientes y desheredados de la vida terrestre, para mantenerse alerta y no dormirse en los laureles de una victoria ganada o en la confianza de estar en posesión de las verdades eternas.

Es por lo que el cristianismo, teniendo presente en su concepción las debilidades humanas, tiene horror al pesimismo de inercia; es pesimista, en el sentido de saber que la criatura fué sacada de la nada y que todo cuanto viene de la nada tiende por sí a ella; pero su optimismo es incomparablemente más profundo que su pesimismo, pues sabe que la criatura viene de Dios y que tiende a El. Por consiguiente, el humanismo cristiano, en ningún momento de su evolución inmoviliza al hombre, que, en el devenir de la historia, ha de crear su personalidad, en razón de que no sólo en su ser social, sino en su ser interior y espiritual, viene a este mundo como un mero esbozo de sí mismo; él, en lucha con la vida, ha de hacerse. Creado a imagen de Dios, es asombrosamente progresivo en el bien y en el mal, por lo que, su naturaleza inmutable, está siempre inmersa en climas históricos diversos, en los que puede desarrollar sus actitudes vocacionales y perfeccionar su mundo espiritual.

La única duda que nos asalta es si para conseguir esta nueva etapa de la humanidad —deslumbrante y salvadora—, será suficiente que el amor divino llame a los corazones de los hombres haciéndoles ver el momento de grave responsabilidad y peligro en que viven de perecer malditos por las incontables injusticias sociales que se cometen cada hora y cada día; o, por el contrario, sólo alcanzaremos a dar con la solución verdadera para nuestros problemas de convivencia social, después que de nuevo hayamos mordido el polvo de la incompreensión y del egoísmo, de la guerra y la miseria. Unicamente nos es dable afirmar, que, en batalla tan grandiosa como nos proponemos librar, no basta con proponerse la conquista de las mal llamadas minorías selectas y del Estado, por cuanto aspiramos a una redención social del hombre a cuyo fin es imprescindible su recuperación total en nuevas formas de vida y de estructuración social, lo cual no podemos conseguir sin emprender con denuedo la conquista de la sociedad dirigiendo el mensaje de reivindicación a todos los hombres del mundo en términos de paridad, basados en el principio cristiano de la unidad sustancial del género humano.